

Estudio histórico-arquitectónico del monasterio de Santa María de Valdeiglesias (Madrid)

Inés Díaz
Alberto Garín
Lorena Lemus

El monasterio cisterciense de Santa María de Valdeiglesias se localiza en el término municipal de Pelayos de la Presa, al suroeste de la Comunidad Autónoma de Madrid. A pesar de los notables restos conservados y su relativa cercanía a la capital, no es un monumento muy conocido fuera del mundo de los especialistas de la restauración y de la historia del arte y aún para éstos presenta no pocas dudas.

Recientemente, el monasterio ha vivido dos eventos que le han dado un cierto protagonismo: por un lado, su anterior propietario, el arquitecto García Benito, hizo entrega del conjunto al ayuntamiento de Pelayos, para uso y disfrute de sus habitantes. Por otro lado, la maestría de restauración arquitectónica del año 2004 del Instituto Juan de Herrera utilizó este edificio para las prácticas de sus estudiantes.

Pero por encima de esas prácticas de los futuros restauradores o los disfrutes culturales del público, la importancia de un conjunto como el de Valdeiglesias, la importancia de cualquier resto del pasado, es su valor como sustento de nuestra memoria.

De ahí que resulte pertinente, en un foro como éste, recordar una vez más lo que para todos es evidente y, acaso, por ello, a veces olvidamos. En nuestra especialidad si bien el objeto de estudio es la construcción, el valor de la misma radica sólo en cuanto tiene pasado, posee historia, una historia que hemos de recuperar, entender y transmitir.

Este estudio trata sobre la historia del monasterio de Santa María de Valdeiglesias, trazando la evolución sufrida por el edificio a lo largo de su existencia

y aportando, en la medida de nuestras posibilidades, los criterios esenciales que permitan abordar una restauración respetuosa y una revitalización enriquecedora.

Todo estudio de un acontecimiento del pasado debe apoyarse sobre una serie de fuentes históricas, que en nuestro caso son tanto los documentos escritos conservados, como el monumento en sí, fuentes cuya principal característica es el hecho de que puedan ser verificables. La necesidad de las fuentes, sin embargo, no debe hacernos caer en la idolatría a las mismas, aceptándolas como verdad absoluta, sino que hemos de mantener un debate abierto y permanente con ellas. Tanto los documentos escritos como la ruina exigen un análisis crítico.

Para realizar dicho análisis crítico hay que huir no sólo de las falsedades, sino también de ciertas generalizaciones peligrosas, como el intento de ajustar la traza del monasterio a una supuesta planta modelo cisterciense, que, si bien podía existir, siempre estaría matizada por las circunstancias locales. Igualmente, ha de evitarse el uso abusivo de ciertas categorías históricas, como hablar de arquitectura mozárabe (sin aportar fundamentos) o de estilo mudéjar (todo lo más, motivos decorativos) en Valdeiglesias.

DESCRIPCIÓN DEL MONASTERIO

El monasterio de Valdeiglesias se haya enclavado sobre un altozano de pendiente relativamente pronun-

ciada, en el lado norte del pequeño arroyo de la Presa. El monasterio es un rectángulo irregular conformado por tres sectores claramente diferenciados:

- la iglesia situada al norte, de planta de cruz latina, con una cabecera triple, transepto y una única nave.
- el claustro cerrado del sur, de planta romboidal y con sus crujías divididas en diferentes dependencias, entre las que destacan la sala capitular, en la crujía este, y la cocina y el refectorio en la sur.
- el claustro oeste, en forma de ele y abierto, con la hospedería en su crujía sur, rematada por una torre campanario.

De estos tres sectores, el mejor conservado es el claustro oeste, donde instaló su residencia García Benito. La iglesia ha perdido la mayor parte de sus cubiertas, mientras que en el claustro cerrado ha desaparecido la totalidad de los niveles superiores, así como casi todas las cubiertas y los muros interiores del nivel inferior.

EVOLUCIÓN HISTÓRICA DEL MONASTERIO

El origen del monasterio de Valdeiglesias se haya inmerso en ciertas tradiciones que hablan de un pasado hispanogodo (*Manuscrito* 1650), si bien las primeras referencias al mismo no aparecen hasta mediados del siglo XII cuando Alfonso VII concedió un privilegio para la fundación de un monasterio benedictino en el valle de las Iglesias (*Tumbo* 1644: 2).

Este topónimo parece referirse a una larga docena de ermitas que se desparramaban por la zona y cuyos habitantes habían de ser reagrupados en el nuevo monasterio. El origen de estas ermitas puede situarse en el empeño por la repoblación de la zona tras la conquista de Toledo a finales del siglo XI. El uso de comunidades religiosas con esa finalidad era práctica habitual en los reinos cristianos (González 1975). El privilegio de Alfonso VII acaso invitara a agrupar a los hasta entonces desperdigados ermitaños, aunque no se hace referencia a éstos, ni a ese empeño por reagruparlos.

De modo que no será hasta fines del siglo XII, ya en tiempos de Alfonso VIII, cuando se pueda hablar del comienzo de la construcción del monasterio. Ha-

cia 1178, la orden cisterciense es la encargada de edificar la nueva abadía (González 1960, I: 517), para cuyo mantenimiento se le entregarán numerosas propiedades a lo largo de la primera mitad del siglo XIII. Estas propiedades habrían de permitir la existencia del cenobio, pero también fueron la causa de no pocos pleitos con los habitantes del valle e, incluso, con algunos nobles personajes, como Álvaro de Luna, ya en la primera mitad del siglo XV (Foronda 1902).

A finales de este siglo XV, gracias al impulso reformador propiciado por los Reyes Católicos, Valdeiglesias va a mejorar su situación (Yáñez 1978: 589), una mejora que habrá de mantenerse a lo largo de los siglos XVI y XVII, como demuestra el aumento del número de monjes y el propio crecimiento del edificio. Esto no habría de evitar que la ley de desamortización impulsada por Mendizábal, a partir de 1834, acabara con la abadía, entrando en el proceso de ruina que sigue avanzando hoy.

En 1968, la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando incoó el expediente para la declaración del monasterio como monumento (Conde de Yebes 1968), siendo declarado en 1984 bien de interés cultural con carácter nacional (Real Decreto 3901, BOE n° 38, de 14 de febrero).

FUENTES Y ESTUDIOS SOBRE VALDEIGLESIAS

Las fuentes escritas conservadas sobre Santa María de Valdeiglesias son muy escasas y de desigual valor. A los privilegios reales y sus confirmaciones de tiempos medievales, podemos añadir varios documentos de los siglos XVI al XVIII, que, por su propia modernidad, resultan poco clarificadores sobre los primeros tiempos del monasterio. Destacan el Tumbo del monasterio y la Crónica de fray Bernardo de Sandoval, ambas de mediados del siglo XVII y que informan con bastante rigor sobre la historia del monumento desde mediados del siglo XVI hasta los años de redacción de documentos, al final del gran periodo de ampliación del edificio.

A partir de estas escasas fuentes, curiosamente los estudios sobre Valdeiglesias, o, al menos, las referencias, han sido numerosos, si bien es cierto que no con la profundidad que exigía el edificio conservado. Los cronistas de la historia benedictina ya hablaban de esta abadía (Yepes 1617, Manrique 1642), como

lo harán los diferentes autores de catastros, diccionarios geográficos, itinerarios de excursiones y catálogos histórico-artísticos de fines del siglo XVIII, todo el XIX y buena parte del XX (Ponz 1788, Madoz 1845, Pérez Regio 1918, Rodríguez Marín 1921, Sainz de Robles 1966, Azcárate 1970, Brandis 1980). Por lo general son referencias escasas, descripciones del estado del momento, a las que se acompañan breves reseñas históricas, la mayor parte de las veces copiándose unos a otros.

A decir verdad, los primeros estudios históricos con algo de enjundia han sido relativamente recientes. Bien es cierto que ya Foronda (1902) mostró su interés por Valdeiglesias, aunque de forma colateral, pues el objeto de sus pesquisas era don Álvaro de Luna. Pero no fue sino hasta finales de los años 70, con el trabajo del padre Yáñez (1978), cuando los historiadores comenzaron a centrar su atención en el abadengo medieval de Valdeiglesias y sus vicisitudes. En esta línea hallamos los trabajos de Corella (1982) y Rodríguez-Martín (1986), hasta llegar a la tesis doctoral de Tejela (1990), en verdad el primer estudio amplio sobre el monasterio de Santa María de Valdeiglesias. A esta tesis, habríamos de añadir la publicación de García Benito (2002) y las memorias de la maestría de restauración concluida en julio del 2004.

De todo este magma de estudios, llama la atención la repetición sistemática de ciertas ideas sobre el edificio sin entrar en una crítica rigurosa del mismo, algo que, realmente, sólo se propuso Tejela, y en cuya línea de trabajo nosotros queremos profundizar.

METODOLOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN

Para realizar este estudio sobre la historia arquitectónica del monasterio de Valdeiglesias comenzamos por recuperar toda (o, al menos, la mayor parte) de la bibliografía relacionada con esta abadía. Dicho trabajo nos hizo saber cuáles eran los documentos originales conocidos, que fueron completados con aquellos localizados durante la realización de la maestría.

El análisis de estos documentos y esta bibliografía permitió establecer una primera cronología que sometimos al análisis derivado de la observación del monumento.

Para ello, se efectuaron varias visitas durante la duración de la maestría de la restauración, se hizo un

levantamiento general del edificio y se tomaron algunos centenares de fotos.

Reunido todo este material, organizamos el trabajo siguiendo el esquema de investigación habitual en los estudios históricos arquitectónicos:

- dividimos el monasterio en zonas que no habíamos de responder a una realidad constructiva precisa, sino a cuestiones prácticas.
- al interior de cada una de estas zonas, distinguimos y numeramos las diferentes unidades arquitectónicas localizables (muros, vanos, pilares, arcos, bóvedas...).
- cada unidad arquitectónica era descrita siguiendo una serie de parámetros: material, dimensiones, aparejo, elementos singulares (marcas, decoración...), estado de degradación...
- a continuación, las unidades eran agrupadas en entidades arquitectónicas de carácter cronológico-funcional. Es decir, reuníamos todas aquellas unidades que habiendo sido hechas al mismo tiempo, cumplían una misma función en su conjunto (todos los muros y vanos que conforman una habitación, los pilares, arcos y bóvedas que cierran una estancia... siempre que sean contemporáneos unos a otros).
- las entidades arquitectónicas resultantes se ordenaban formando una cronología relativa, es decir, qué iba antes y qué iba después.
- esa cronología relativa se convertía en absoluta a través del análisis fino de las fuentes: datos aportados por los documentos, determinados rasgos constructivos o decorativos . . .
- de esta manera pudimos establecer las fases constructivas sufridas por el monasterio.
- igualmente, este análisis nos permitió avanzar algunas hipótesis sobre el uso que se dieron a las diferentes estancias y que pudieron evolucionar con el tiempo.

Curiosamente, buena parte de estas observaciones las realizamos al concluir la maestría, cuando la visión sosegada del historiador se impuso a la premura del diseñador de restauraciones. Acaso esa fue una de las lecciones más jugosas que aprendimos de la maestría: enfrentarse al pasado exige, sobre todo, una paciente dosis de tiempo.

LA CRONOLOGÍA DE LA CONSTRUCCIÓN

La construcción del monasterio de Santa María de Valdeiglesias puede ser dividida en seis grandes fases, con varias etapas algunas de ellas, extendiendo su historia desde el siglo XII, con la repoblación de Valdeiglesias mediante monjes eremitanos, hasta las últimas reformas del siglo XVIII. Una séptima fase correspondería a las labores de restauración actuales.

La primera fase pertenece, en realidad, a un momento anterior al propio monasterio, pero que había de marcar el desarrollo de éste. En esta primera fase, en algún momento de finales del siglo XI o comienzos del XII, se habían de levantar las ermitas que dieron nombre a Valdeiglesias, algunas de las cuales aún son descritas en el siglo XVII (*Manuscrito* 1650). En torno a una de estas ermitas, la de la Santa Cruz, habría de erigirse el cenobio algunas décadas más tarde.

Actualmente no quedan vestigios de esta fase, pero sería interesante plantear una excavación arqueológica que permitiera avalar o desmentir nuestra teoría, que exponemos a continuación, sobre la traza del monasterio.

La segunda fase de la construcción se desarrolló en, al menos, dos etapas.

En la primera etapa (fig. 1), con la llegada de los cistercienses, se comenzó la construcción de la iglesia, edificándose su cabecera. Levantado el presbiterio, el monasterio habría de trazarse entre éste y la ermita de la Santa Cruz, situada al sur del mismo. Seguida a esta ermita, se hallaba la cocina. Es probable que la parte baja de la gran chimenea fuera construida en esta fase segunda, como parece denunciar la singular talla de sus dinteles. A continuación, siguiendo la crujía sur, había de edificarse una sala que se identifica con el primitivo refectorio y de la que se conservan dos arcos de medio punto.

Si la cabecera de la iglesia marca el ángulo noroeste del monasterio, la pareja ermita-refectorio había de señalar el extremo sur del mismo. Sólo faltaba indicar el ángulo nordeste para cerrar el conjunto. Esta función la cumpliría la pequeña habitación de cúpula octogonal que ha sido denominada capilla mozárabe y que consideramos que era la portería del cenobio.

Esta primera etapa, y así se refleja en los restos conservados tanto de la cabecera, como del viejo refectorio o de la portería, estaría caracterizada por el uso de la piedra, con una talla muy regular, y la utili-

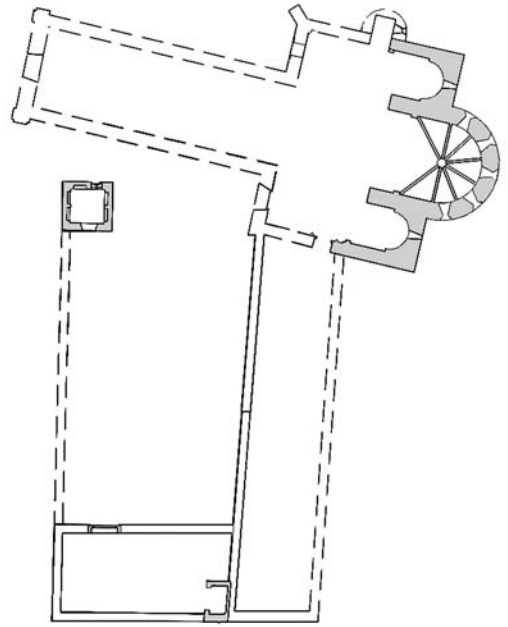


Figura 1
2ª fase, 1ª etapa

zación de elementos propios del románico. Entre estos elementos tenemos el grosor de los muros, los arcos de medio punto, los vanos de estrechas dimensiones, los capiteles historiados o los canchillos bajo las cornisas de los ábsides. La parquedad decorativa refleja el espíritu cisterciense de los monjes recién llegados, aunque resulta difícil catalogar a esta parte con el adjetivo de arquitectura de esta orden.

La segunda etapa de la primera fase (fig. 2) está marcada por un cambio radical en el modo constructivo que, acaso, denuncia una disminución de los recursos para la obra.

Es probable que esa parquedad financiera hiciera que el espacio dedicado al monasterio se cerrará con cierta brusquedad, limitándose a levantar un muro que uniera la cabecera de la iglesia con la zona de la ermita-refectorio, un muro inclinado con relación a ambos ejes y que había de dar la forma de romboide que dominó al claustro posterior. En efecto, a partir de este muro, como veremos, se trazarán tanto las crujías, como los corredores levantados en dirección norte-sur. Por su parte, el eje establecido en el con-

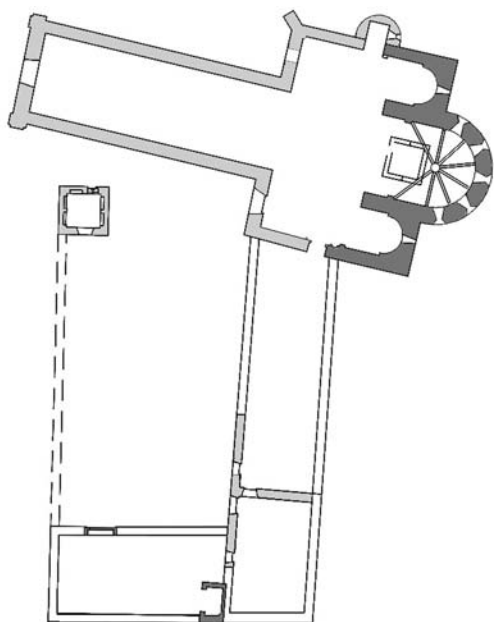


Figura 2
2ª fase, 2ª etapa, y 3ª fase

junto ermita-refectorio había de organizar las estructuras levantadas en la dirección este-oeste. De esta forma, la iglesia había de quedar ladeada respecto al resto de la construcción. Resulta evidente que este fenómeno se anunciaba desde el principio de la obra, cuando el eje principal de la iglesia no era paralelo al del refectorio, probablemente por la topografía del terreno, pero ahora quedó agudizado con ese nuevo muro inclinado.

Nos atrevemos a pensar que entre el refectorio y la portería se pudo trazar otro muro que cerraba el cenobio por el oeste. De dicho muro no queda ninguna traza, pues había de ser suprimido en las ampliaciones de los siglos XV y XVI, por lo que sólo la arqueología permitiría corroborar la pertinencia de nuestra observación. A favor de ella hay que señalar que no hemos encontrado ninguna estructura más allá de este teórico muro anterior al final del siglo XV.

Durante esta segunda etapa de la segunda fase, se avanzó por el transepto de la iglesia, levantando los muros con un encofrado a base de hiladas de ladrillo rellenas de mampuesto. En el lado norte del transepto se construyó una torre perfectamente adosada, de

planta semicircular y con dos ventanas que servían para iluminar la escalera que permitía el acceso, a través de una puerta situada sobre el ábside norte, al tejado de la iglesia y, probablemente, a su campanario.

El transepto estaba coronado por una hilera de canchillos escalonados de ladrillo, que fueron destruidos en una ampliación posterior. Otro detalle a retener es la puerta llamada de los muertos, abierta al oeste del transepto sur. Esta puerta, también en ladrillo, presenta al exterior un arco de herradura enmarcado por un alfiz.

Concluido el transepto, la obra prosiguió por la gran nave de la iglesia, un gigantesco cajón aparejado con el mismo encofrado de ladrillo y mampuesto y en el que se abren, a cada lado, cinco ventanas de piedra, construidas con sillares, abocinadas hacia el interior y con arcos de medio punto (fig. 3). Inicialmente, la nave tenía prevista una altura superior, en algo más de un metro, a la alcanzada por el transepto. Pero el desnivel existente entre el transepto y los pies de la iglesia (este sector más elevado que aquel) debieron empujar al maestro de obras a añadir dos niveles más de encofrados, además de la hilera de canchillos escalonados. Este recrecimiento es fácilmente discernible al observar el muro norte de la nave y puede explicar la destacada diferencia en alturas que al final se produjo entre el transepto y la nave.

Al mismo tiempo que avanzaba la obra de la iglesia, se producían algunas construcciones en el interior del convento. Amén del muro que cerraba al este, del que conservamos claros vestigios, y del teórico muro del oeste, fueron acondicionadas algunas



Figura 3
Fachada septentrional de la iglesia

piezas. Así la cúpula octogonal de ladrillo que cubría la portería o las tres puertas conservadas en la crujía este y que servían de acceso a la enfermería. Una fue muy modificada con posterioridad, añadiéndole un dintel y jambas de piedra, pero eso no nos impide distinguir su morfología precedente, construida en ladrillo, con un arco con alfiz rematado por un friso decorado con motivos quebrados. Las otras dos puertas, también en ladrillo, cuentan con arcos de medio punto y una de ellas está enmarcada por un alfiz.

Todos estos motivos decorativos en ladrillo nos están hablando de una cierta moda islamizante, una decoración mudéjar, que no una arquitectura de este estilo, que vino a incorporarse, durante la primera mitad del siglo XIII, al románico dominante.

Esta segunda fase se cierra a mediados del siglo XIII con el, al parecer, aparatoso incendio que sufre el monasterio hacia 1258 (*Tumbo* 1644: 11). De haberse dado, es posible que afectara, sobre todo, a las cubiertas, lo que explicaría las modificaciones sufridas por parte de éstas y que reflejamos en nuestra tercera fase constructiva.

Ésta cubre un largo periodo de tiempo, desde mediados del siglo XIII hasta finales del siglo XV, y se reduce a un par de modificaciones reseñables. La parquedad de los cambios puede deberse a un cierto estancamiento en la economía del monasterio.

Esas dos modificaciones reseñables se sitúan en la zona de la cabecera y el transepto de la iglesia. Sobre el ábside central se levantó un campanile en un estilo gótico algo primitivo. Si bien es cierto que se utilizan arcos ojivales, las molduras, cornisas y capiteles aún tienen un fuerte sabor románico.

Al mismo tiempo que se construye este campanario, se recrecen los muros del transepto, añadiendo hasta tres hileras de sillares sobre los que se sitúan una fila de canecillos, de nuevo, a modo de último coletazo románico.

Resulta difícil de precisar la datación de esta tercera fase, acaso a finales del siglo XIII.

La cuarta fase arranca casi dos siglos después, a remolque de la gran reforma monástica auspiciada por los Reyes Católicos en la última década y media del siglo XV, una reforma que exigía, entre otras cosas, la habilitación de nuevos ambientes, como las celdas individuales de los monjes, lo que requería una mayor cantidad de espacio (Yáñez 1978: 589).

En una primera etapa (fig. 4), el trabajo se centra esencialmente en la cubrición de la iglesia. Probable-

mente, las nuevas bóvedas de piedra vienen a sustituir a un viejo techo de madera, acaso un artesonado (no hay evidencias de otras bóvedas hasta éstas del siglo XV).

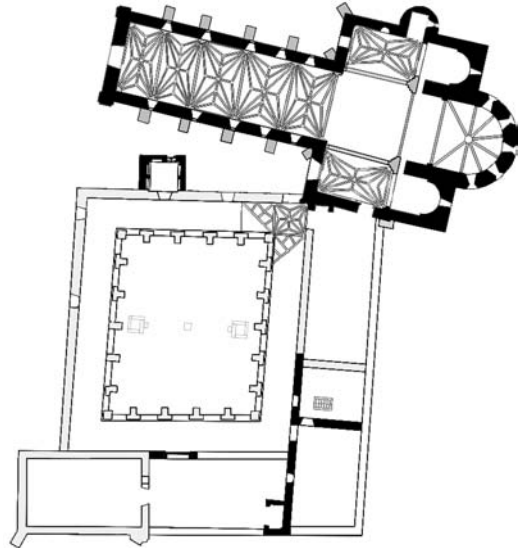


Figura 4
4ª fase, 1ª y 2ª etapas

Los trabajos comenzaron desde el transepto hacia los pies de la nave. La evolución tanto en la técnica de aparejar los arcos como en el tratamiento de sus motivos decorativos así lo indican (los baquetones centrales pierden sus capiteles, ganando en perpendicularidad).

Los pilares fueron levantados sin tener en cuenta los vanos románicos, algunos de los cuales se cegaron, y, además, fueron reforzados por contrafuertes exteriores que presentan una variación en su fábrica similar a la de los soportes interiores.

Sobre estos pilares se construyeron las bóvedas de terceletes, cinco tramos, cubriendo, los dos últimos, el coro alto, sustentado por un sotocoro de bóvedas bahidas (fig. 5).

El transepto probablemente fue cubierto por una cúpula, de la que aún se conservaban los arcos tora-



Figura 5
Interior de la iglesia (Rodríguez Marín 1921)

les en las fotos tomadas a comienzos del siglo XX. Para salvar la diferencia de alturas entre el crucero y el presbiterio, en el muro que dividía ambos se colocó un óculo de piedra. También se abrieron sendos óculos en los muros norte y sur del transepto.

Junto a la obra de la iglesia, al mismo tiempo debió construirse el nuevo refectorio, en el que se conservan dos contrafuertes muy similares a los de la iglesia. Por las fuentes sabemos que las bóvedas levantadas en este momento serán sustituidas por otras poco después (*Tumbo 1644*: 217).

La construcción de este refectorio, además, suponía rebasar los límites teóricos que habíamos señalado al monasterio medieval, en ese muro trazado entre la portería y el refectorio viejo. Curiosamente, cuando se produzca la ampliación del siglo XVI, el límite este del refectorio nuevo no encajará con ninguno de los grandes muros del edificio, lo que viene a avalar, en cierta manera, nuestra hipótesis de que fue construido antes de esta gran ampliación, así como que

hasta ese momento el monasterio no había alcanzado la zona de lo que había de ser la crujía oeste del claustro.

Sin duda el rasgo más significativo de esta primera etapa de la cuarta fase son las esferas aplicadas a los pilares y los nervios de las bóvedas de la iglesia, elementos decorativos característicos del gótico isabelino de fines del XV y comienzos del XVI.

La segunda etapa de esta cuarta fase hubo de arrancar muy poco después con el diseño del claustro (fig. 6). Hasta ese momento, el monasterio contaba con un patio interno caracterizado por una superficie irregular e inclinada, como puede observarse por los diferentes niveles entre estancias. Ahora ese espacio había de homogeneizarse.



Figura 6
Claustro viejo

A partir de las crujías este y sur y mediante una serie de líneas paralelas a éstas se fueron trazando los corredores y las nuevas crujías oeste y norte. Es probable que en el caso de la crujía oeste, en principio no fuera más que un muro de cierre del claustro, sobre el que apoyar las bóvedas de los corredores.

El claustro estaba configurado por una sucesión de pilares de planta rectangular reforzados por contrafuertes exteriores que soportaban bóvedas de terceletes. Estas presentaban una talla y un aparejo más acabado que las de la iglesia. Actualmente sólo se conserva intacta una de esas bóvedas y fragmentos de otras dos en el ángulo nordeste.

Gracias al Tumbo (1644: 217) sabemos que cuando Jerónimo I es nombrado abad en 1528, la obra del claustro ya se haya prácticamente terminada (Jerónimo I se encargó del enlosado), de modo que podemos fecharla en el primer cuarto del siglo XVI, dentro de un estilo plateresco. En este mismo estilo se producirán la mayor parte de las reformas que emprenda el dicho Jerónimo I, la tercera etapa de la cuarta fase (fig. 7). Las primeras serán las bóvedas que cubren la zona de la sacristía, muy parecidas a las del claustro. A continuación, se llevarán a cabo la ampliación de la sala capitular, que creció hacia el este, superando el viejo muro románico, y la reforma definitiva del refectorio nuevo (fig. 8). En ambos casos, se construyeron arcos rebajados para sostener las bóvedas de crucería.

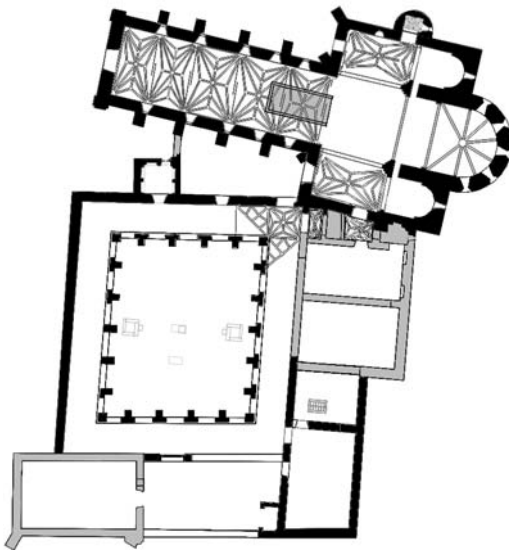


Figura 7
4ª fase, 3ª etapa

Hemos de llamar la atención sobre la composición de las cubiertas en este nivel bajo, tratando de salvar el desnivel de tal modo que el futuro piso superior pudiera presentar una perfecta continuidad en su altura.

Es bastante probable que Jerónimo I también iniciará las reformas del ángulo noroeste del claustro,



Figura 8
Refectorio nuevo

en la vecindad de la vieja portería, unos trabajos que terminarían por aislar a ésta y hacerla perder su primigenia función.

Los trabajos de Jerónimo I continuaron con la erección del segundo nivel del claustro. Los restos de los corredores de este segundo nivel (hoy amontonados al exterior del monasterio), con columnas soportando zapatas de piedra sobre las que se desarrollan frisos decorados, recuerdan que nos seguimos moviendo en los mismos parámetros del plateresco que ya veíamos antes.

Sin embargo, la apuesta por los sistemas adintelados sobre los abovedados se convirtió en un rasgo distintivo de las nuevas construcciones y llama la atención que las puertas interiores dejarán de construirse con arcos para utilizar sólo el sistema de dinteles.

El inicio del segundo nivel del claustro debió realizarse por encima de la sala capitular. Esto abrió un nuevo acceso al tejado de la iglesia, lo que permitió cegar la vieja torre de la escalera románica, habilitándose una pequeña capilla que fue cubierta por una bóveda de terceletes finamente labrada.

Tras el área de la sala capitular, el segundo nivel del claustro prosiguió sobre el refectorio y la cocina, hasta llegar a la zona de la enfermería, donde sólo quedaban algunos restos de la primitiva ermita de la Santa Cruz.

Es probable que se le puede atribuir también a Jerónimo I, ya al final de su mandato, la construcción del nivel superior de la crujía norte, una construcción

que había de oscurecer de tal manera a la vieja portería que se vieron en la necesidad de abrir la ventana que se vuelca hoy sobre el claustro.

Con la retirada de Jerónimo I (1554), las obras no cesaron, pero se abrió una fase distinta en la que primaron nuevas formas estilísticas. Las diferentes variedades del tardogótico dejan paso a la corriente manierista que recorre la Península Ibérica durante la segunda mitad del siglo XVI.

Los nuevos espacios generados en una primera etapa de esta quinta fase (fig. 9) vuelven a recuperar una talla muy fina en sus aparejos y el uso de canones clásicos. Esta mayor fineza en los acabados y esta nueva proporción de los elementos nos permiten distinguir los dos añadidos colocados en las crujeas este y sur, que ya habían sido comenzadas por Jerónimo I. Estos añadidos son la llamada torre del abad, cuerpo sobresaliente de la crujía sur y que se caracteriza por los tres arcos de medio punto que a modo de balcón presiden su fachada meridional, y el acceso monumental situado en la crujía este, también definido por tres grandes arcadas de medio punto (fig. 10).

Durante los abadiatos de Jerónimo II, elegido tres veces entre 1587 y 1602, prosiguieron las obras de ampliación del monasterio, en lo que constituiría la segunda etapa de la quinta fase, siempre dentro de las formas manieristas. Se terminaron entonces los dos niveles de la crujía oeste del claustro viejo y se trazó el claustro nuevo (fig. 11), situado al occidente del monasterio, incluyendo las nuevas estancias si-

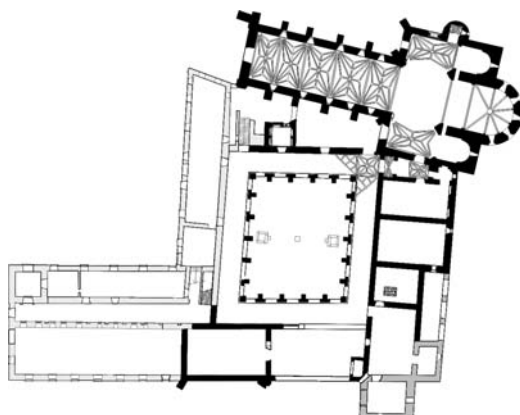


Figura 9
5ª fase

tuadas al suroeste y rematadas por la torre campanario que aún se conserva hoy (*Tumbo* 1644: 218). Además, se levantó la portada del muro exterior que circunvalaba al monasterio, de claro sabor herreriano, que fue desmontada en 1960 (*Gaya* 1961: 278).

Los grandes trabajos emprendidos por Jerónimo II se remataron a comienzos del siglo XVII, aún dentro de las formas manieristas, cuando se concluye, en 1613 (*Escritura* 1613), la escalera que había de facilitar el acceso hacia los ambientes recién construidos.



Figura 10
Fachada este del monasterio



Figura 11
Claustro nuevo

Tras más de un siglo de grandes trabajos, la labor parece interrumpirse hasta finales del siglo XVII o comienzos del XVIII, cuando se efectúan las últimas obras de enriquecimiento de la abadía, en la que denominamos sexta fase. La fachada de la iglesia es



Figura 12
Portada de la iglesia

sustituida por la que se contempla hoy (fig. 12) y se habilita una puerta monumental entre el transepto y la sacristía. Tanto la fachada como esta puerta se entroncan dentro de un estilo barroco moderado propio del arranque de la decimotava centuria.

Tras el abandono del monasterio, a partir de 1836, hubo que esperar a la paciente labor iniciada por el arquitecto García Benito, a partir de los años 70 del siglo XX, pero poder volver a hablar de trabajos de, en este caso, restauración del edificio. En esta séptima fase se acondicionó parte de la ampliación de Jerónimo II como vivienda, mientras se trataba de hacer una consolidación general del monumento.

Pero los esfuerzos de García Benito sólo han logrado ralentizar un tanto la ruina del conjunto, que sigue avanzando y provocando, con ello, la pérdida continua de los indicios del pasado del conjunto y, a la larga, de su historia y de nuestra memoria.

LISTA DE REFERENCIAS

Manuscritos

- Escritura de la obra de la escalera.* 1613. AHN. Sección Clero. Papeles. Legajo 4347.
Manuscrito de fray Bernardo de Sandoval. 1650. RAH. 9/3589.
Tumbo del monasterio de Valdeiglesias. 1644. RAH. 9/2097.

Fuentes impresas

- Álvarez Palenzuela, V. A. 1978. *Monasterios cistercienses en Castilla (siglos XII–XIII)*. Valladolid.
 Azcárate, J. M. 1958. Escultura del siglo XVI en *Ars Hispaniae*, XIII. Madrid.
 Azcárate, J. M. 1970. *Inventario artístico de la provincia de Madrid*. Valencia.
 Bango, I. et al. 1998. *Monjes y monasterios: el Císter en el medioevo de Castilla y León*. Valladolid.
 Brandis, D. et al. 1980. *Inventario del patrimonio arquitectónico de interés histórico artístico de la provincia de Madrid*. Inédito.
 Conde de Yebes. 1968. El monasterio de Pelayos en Madrid. In *Academia. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 27: 83–84.
 Corella, P. 1982. El monasterio cisterciense de Santa María de Valdeiglesias y su fondo documental en el Archivo Histórico Nacional. In *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XIX: 89–93.

- Foronda, M. de. 1902. «El Tumbo de Valdeiglesias y D. Álvaro de Luna» en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XLI: 174–181.
- García Benito, M. 2002. *El monasterio cisterciense de Santa María de Valdeiglesias. Su arquitectura recogida en los planos del arquitecto Mariano García Benito*. Madrid.
- Gaya, J. A. 1961. *La Arquitectura Española en sus monumentos desaparecidos*. Madrid.
- González, J. 1960. *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*. Madrid.
- González, J. 1975. *Repoblación de Castilla la Nueva*. Madrid.
- Madoz, P. [1845] 1999. *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España*. Madrid. Madrid.
- Manrique, A. 1642–49. *Annales Cistercienses*. Lugduni.
- Pérez Regio, R. 1918. La Abadía feudal de Valdeiglesias. In *Alrededor del Mundo*, 997: 14–15.
- Ponz, A. 1788. *Viage de España*. Madrid.
- Recuero, M. 1979. *Alfonso VII el Emperador*. León.
- «Restauración del monasterio de San Martín de Valdeiglesias. 1978» en *Cisneros*, 67: 78.
- Rodríguez Marín, F. 1921. *Catálogo Monumental de Madrid y su provincia*. Inédito.
- Rodríguez-Martín, M. 1986. «El Monasterio de Santa María de Valdeiglesias y su abadengo medieval» en *Cuadernos de Historia y Arte*, 6: 7–30.
- Sainz de Robles, F. C. 1966. *Crónica y guía de la provincia de Madrid*. Madrid.
- Tejela, J. 1987. «Comentarios a la relación breve de la fundación del Monasterio de Santa María de Valdeiglesias de Fray Bernardino de Sandoval» en *Studia Monastica*, 29 (1): 109–124.
- Tejela, J. 1990. *Un monasterio olvidado: Santa María de Valdeiglesias. Tesis doctoral*. Inédita.
- Yáñez, D. 1959. Alfonso VII de Castilla y la orden cisterciense. In *Cistercium*, XI: 24–83.
- Yáñez, D. 1978. El Monasterio de Valdeiglesias. In *Hidalguía*, 148–149: 577–600.
- Yepes, A. [1617] 1959. *Crónica general de la orden de San Benito*. Madrid.

